

El audífono y la pipa



Miguel Ángel de Lucas Bonilla

Primer concurso literario de relatos cortos
estiba portuaria

anesco

EL AUDÍFONO Y LA PIPA

Ciprián Fariñas no se acuerda mucho de las cosas; es como si la memoria se le licuase y escapase por las grietas que dejaban en su carácter la indiferencia y la aversión a casi todo lo ajeno. Aunque no siempre es así, porque las ofensas y lo que hiere su exagerada soberbia nunca lo olvida. Su rostro, de color terroso y seco, alberga una nariz chata y unos labios gruesos, sobre todo el inferior, que le dan cierto aspecto primitivo. Los escasos componentes de una hilera solitaria de cabellos que le nacen, de través, en el borde superior de su estrecha frente le sirven, debidamente dirigidos, para disimular una gran calvicie cenital. Por lo demás, la cabeza irregular resulta desproporcionada para su baja estatura, acompañada de una delgadez a la que el vientre, paradójicamente abultado, da una apariencia sinuosa. Desde luego, su aspecto nunca debió de animar a pretender hacerse amigo suyo. Sin embargo, Ciprián no era mal contraamaestre; cuando estos hechos ocurrieron debía de andar por los cincuenta años mal llevados.

Precisamente una de las pocas cosas que recuerda muy bien es el día en que conoció al odiado primer oficial, don Vicente Louro. Fue en febrero en Amberes, un día frío y encapotado que amenazaba nieve. El Cerro Negro estaba atracado en uno de los muelles cercanos a la ciudad, donde iban a tomar un cargamento de varilla y perfiles de hierro, junto con una partida de cajas de mercancía general, con destino a Casablanca.

Ciprián siempre se llevó bien con el primer oficial saliente, que se acababa de lesionar en cubierta durante el fuerte temporal que les agarró en el Canal de la Mancha. Desde el primer momento le desagradó el nuevo primero que vino a relevarle. No le gustó su juventud ni el bigote fino ni el indeleble peinado con aquella raya tan marcada y agresiva; tampoco la voz impostada, con aires de superioridad. Pero lo que más le molestó fue que tratase de disimular su acento

gallego, como si renegase de él. Desde ese instante supo que acabaría teniendo problemas con el nuevo primer oficial.

El primer encontronazo surgió cuando el recién llegado le prohibió bajar a la bodega para supervisar la estiba. Le dijo que él se encargaría, que había que cuidar mucho cómo estibaban los atados de hierro: buena solera de madera en el plan, la primera tongada de proa a popa, más madera sobre ésta y la siguiente cruzada, y así sucesivamente, alternando. ¡Como si Ciprián fuese nuevo a bordo! Él, que llevaba más de dos años de contramaestre, y sin vacaciones, en aquel viejo carguero, el Cerro Negro, un cascaron de los años 50 que hacía la línea regular entre España, Norte de Europa y Marruecos.

—Pues mire, mi oficial, con el otro primero siempre estibábamos todas las tongadas de hierro de proa a popa, poníamos madera entre ellas, claro. Se ocupaba todo el plan y así nunca alcanzaban mucha altura. Como luego se cargaban las cajas de general encima, no había riesgo. Además los estibadores de aquí, como siempre cargamos lo mismo, ya están acostumbrados.

—Eso sería antes, ahora se hará como yo diga. —Y adoptando un aire pedante, explicó—: Además, con mucho peso en el plan los bandazos son muy duros y el barco sufre más, hay que subir el centro de gravedad. Vamos a cargar el hierro en la mitad de la bodega, con más altura, y la carga general en la otra mitad. Y así en cada una de las dos bodegas, para trimar bien el barco. Yo hablaré con el capataz y bajaré para controlar a los estibadores.

—Pues...

Las demás palabras, despectivas e insultantes, referidas tanto al primer oficial como a su familia, se las dijo Ciprián hacia dentro, pero con un notable movimiento de labios y bruscos ademanes. Como éste padecía, olvidé mencionarlo, una gran sordera crónica, se llevó la mano a la oreja derecha, desprendió el audífono y se lo guardó en el bolsillo: era su habitual modo de

proceder cuando una conversación le incomodaba o quería mostrar desprecio. A continuación se dirigió con pasos violentos al pañol de proa.

Regresó cargado de rasqueta, bote de minio y brocha, como si se dispusiera a parchear alguna zona oxidada de cubierta. Colocó ese material sobre la brazola de la escotilla y se dedicó a miniar, distraído, uno de los barraganetes. En realidad, no dejaba de mirar al fondo de la bodega, donde el primer oficial, de pie sobre la primera tongada de varilla, parecía discutir con el capataz de los estibadores, que en ese momento permanecían parados, observándolos. Finalmente el capataz se dirigió gritando a los demás miembros de la colla y, señalando de forma airada la tongada que ya descansaba en la parte de proa del plan, les dio instrucciones para izar los atados y estibarlos de través sobre la otra tongada situada en la parte de popa.

Mientras, el primer oficial permanecía con las piernas abiertas y los brazos en jarras, observando la operación, justo a pique del borde de la boca de escotilla. Ciprián, asomado, decidió avisarle.

—¡Mi oficial...! —gritó, al tiempo que se retiraba hacia atrás.

En ese momento el codo del contraataca golpeó al bote de minio, que se precipitó al fondo de la bodega. El bote de 15 litros, que se encontraba casi lleno, fue vertiendo, en su recorrido descendente, todo el contenido sobre el sorprendido primer oficial, quien, al apartarse para evitar el impacto, cayó de espaldas sobre los atados y quedó completamente cubierto de minio. Afortunadamente el bote, que también pesaba lo suyo, no impactó, por poco, en la cabeza de Vicente Louro. Aturdido, se sacudió las manos, como si temiese ensuciar algo. Al incorporarse, chorreando, no pudo evitar pensar en si la mancha dejada por el minio en los atados de hierro daría lugar a reservas en el conocimiento de embarque.

Al darse cuenta de que no era el momento de divagaciones absurdas, se le incrementó la cólera y se precipitó hacia la escala para subir a cubierta. Como

Ciprián seguía sin el audífono, no pudo entender la andanada de exabruptos lanzados por el primero mientras subía. Abajo los estibadores no paraban de reír descaradamente, hasta que el capataz les ordenó continuar.

Las fingidas disculpas del contraмаestre no sirvieron de mucho, quizás por la escasa convicción y habilidad en darlas y, también, por el grado de excitación del primer oficial. Ciprián, aguantando la risa, se ofreció a traer inmediatamente una lata de disolvente, pero el primero lo apartó de un empujón, dejándole las huellas de las manos en la camisa, y se encaminó él mismo hacia el pañol de proa. A sus espaldas el contraмаestre le hizo un inconfundible signo con los dedos índice y meñique de la mano y presintió que un día u otro aquello iba a terminar mal.

Más tarde ya aseado y con ropa limpia, aunque todavía oliendo a disolvente, trató de convencer al capitán para que desenrolaran a Ciprián, si no allí al menos en Casablanca. Vicente Louro estaba seguro de que lo había hecho a propósito, podría haberlo matado. El capitán, convencido de que había sido un accidente, le explicó que, a pesar de su aspecto y modales, era un excelente contraмаestre. Lo dejaron así, aunque el primer oficial estaba decidido a vigilarlo de cerca durante el viaje de bajada.

Cuando volvió a cubierta descubrió que Ciprián estaba en la bodega supervisando las operaciones de estiba: los atados de hierro ya habían alcanzado la altura prevista, en capas superpuestas, cruzadas y calzadas como el primer oficial había pedido, incluso con solera de tablonés en los costados contra las cuaderñas. Ahora, a proa de los atados y apoyada en ellos, los estibadores estaban levantando una arcada de madera para separar y proteger las cajas de mercancía general que se iban a cargar en la mitad libre de proa de la bodega. Tal como él había ordenado, pero no le gustaba que aquel rencoroso contraмаestre estuviese supervisándolo, como si fuese el responsable del cambio. A voces lo mandó subir.

—Ya le he dicho que no quiero que baje a la bodega ni interfiera en la estiba.

—¿Cómo dice? —respondió Ciprián llevándose la mano a la oreja.

—¡Que se ponga el sonotone, coño!

Mientras se colocaba el audífono, el contraмаestre, que al parecer sí que había entendido las palabras del primero, le contestó de forma airada:

—Es parte de mi trabajo y...

—Era. Desde ahora dedíquese a pintar monas. Y no desperdicie pintura porque el bote de minio se lo voy a descontar del sueldo.

Dándole la espalda, el primer oficial bajó al muelle para mirar calados y entrar en el tinglado donde se almacenaba la mercancía general: una partida de cajas de madera de mediano tamaño y otra, mucho mayor, de cajas de cartón de dimensiones irregulares, sin paletizar. Según la lista de carga se trataba de electrodomésticos, equipamiento para el hogar y juguetes; para la fiesta del fin del Ramadán en Marruecos, pensó. Estibar todo aquello en los huecos dejados a proa de las dos bodegas del barco iba a requerir mucha habilidad, un trabajo a mano y lento en definitiva.

De regreso a bordo, vio como la pluma de la anticuada grúa de pórtico del muelle comenzaba a izar los tablones no utilizados y las palancas usadas en la estiba de los atados de hierro. Conocía bien la buena organización de los estibadores de Amberes, la mayoría sindicada, algo todavía prohibido en España; por eso, negociar y discutir cualquier cosa con ellos requería mucha mano izquierda. Vicente Louro tenía la intención de proponerles que paletizaran la partida de cajas de cartón al tiempo de embarcarlas.

En ese momento vio al contraмаestre en cubierta hablando, más bien intentando entenderse, con el capataz. Rojo de ira, se dirigió a grandes zancadas hacia ellos, al tiempo que se pasaba la mano por el brillante y bien peinado pelo.

—¡Le he dicho que no quiero que se meta en las operaciones de carga!

El contraamaestre volvió a llevarse la mano a la oreja, a pesar de llevar puesto el audífono, y aquello sacó al primer oficial de sus casillas. Se agachó para recoger el bote de pintura y la brocha, que el contraamaestre había dejado a sus pies, y entregándoselos le ordenó:

—Monte una guindola y vaya a repasar el nombre del barco en las dos amuras, que está totalmente ilegible.

Mientras Ciprián se marchaba jurando a voces y volviendo a quitarse el audífono, el primero hizo como que no lo escuchaba y trató de negociar con el capataz para que paletizaran las cajas de cartón. Éste, que quizás tenía algún aprecio por el contraamaestre y se encontraba molesto con la escena, no le dio muchas opciones a Vicente Louro:

—Chief, nosotros no estamos obligados a paletizar, lo cargaremos con red, como siempre.

En el viaje de bajada a Casablanca sufrieron un fuerte temporal en el Golfo de Vizcaya. Además de la constante lluvia y los rociones, las olas barrían la cubierta, por encima incluso de las escotillas, cuidadosamente cerradas por medio de los tradicionales cuarteles y encerados. El barco apenas podía gobernar y durante dos días no pasaron de 5 nudos. Los continuos bandazos eran lentos y con gran escora.

—El barco se duerme —repetía Ciprián con sorna cada vez que se cruzaba con el primer oficial—. Le cuesta enderezarse. Como nos pille un buen golpe de través, ya veremos...

Éste, pálido porque se daba cuenta que quizás habían elevado demasiado el cargamento de hierro, le contestaba siempre con desprecio:

—¡Qué sabrá usted! —Su rabia era doble, porque el capitán también le había hecho saber su preocupación.

En un arranque de reacción vengativa mandó a Ciprián a revisar las dos bodegas por si estuviese entrando agua y mojándose la carga.

—Mi gente sabe de sobra cerrar escotillas, a pesar de que muchos de los cuarteles y encerados están hechos una mierda. — Se quitó el audífono—. ¡Puto barco!

Finalmente, el tiempo cambió al doblar Finisterre y el Cerro Negro arribó a Casablanca sin mayores contratiempos.

Los anteriores no fueron los únicos encontronazos y disputas que ocurrieron entre el primero y el contraмаestre durante la travesía. Ciprián se quejó al capitán de que el primer oficial le había relegado de sus funciones. La situación empeoró, la tripulación se encontraba dividida. El contraмаestre dejó de peinarse los cuatro pelos de la frente —tal vez en confrontación con el repeinado cabello de Vicente Louro—, que ahora le colgaban a ambos lados de la cara dándole un aspecto fantasmal y provocador.

En Casablanca un desagradable incidente tensó mucho más la situación. Durante la descarga de las cajas de cartón, que se iban paletizando en la bodega, una de los estobos se soltó y el palé repleto de cajas menudas cayó al muelle, descubriéndose que muchas de ellas estaban vacías. Eran cajas de pequeños electrodomésticos: batidoras, cafeteras y demás objetos para el hogar. Un enorme revuelo entre los estibadores en tierra y en la bodega hizo comprender que estos últimos lo estaban robando, escondiéndose los pequeños aparatos bajo su amplia vestimenta. Todo parecía muy organizado ya que llevaban una especie de atalaje con bolsillos especiales colocados debajo de las holgadas chilabas.

Solucionado como se pudo el problema, el primer oficial acusó al contraмаestre de no haber establecido guardias de vigilancia adecuadas y éste le respondió que le había quitado la responsabilidad en el control de la desestiba y que todo era cosa suya. La discusión alcanzó un tono violento cargado de amenazas. El contraмаestre se quitó el audífono y llevó la mano al cuchillo que guardaba en su bolsillo trasero en previsión de que llegaran a las

manos. Finalmente todo quedó en un rosario de insultos que se cruzaron mientras varios tripulantes los separaban.

Desde ese momento los gestos y las palabras entre el primer oficial y el conrtramaestre fueron construyendo un muro ciego y sordo que Ciprián rubricaba quitándose el audífono cada vez que recibía ordenes del primero; luego hacía lo que le daba la gana y esto volvía a traer nuevas disputas y amenazas cruzadas.

Desde Casablanca el Cerro Negro continuó viaje al Puerto de Santa María para tomar el cargamento habitual de vinos de Jerez con destino a Inglaterra, que era la base del servicio regular que venían efectuando desde hacía más de tres años. A Ciprián le pareció que aquel iba a ser el lugar ideal para solucionar sus problemas con el primer oficial. Allí era normal que los estibadores permitiesen que el conrtramaestre o algún marinero de primera manejase los chigres de los puntales de a bordo con los que cargaban las pipas y botas delpreciado vino.

Anocheecía cuando el casco del viejo carguero se adentró lentamente por las aguas del Guadalete hasta su lugar de atraque. Sobre el muelle se distinguían ya alineadas gran parte de las pipas de 800 litros que comenzarían a cargarse a la mañana siguiente, cuando comenzarían a llegar también las botas, más pequeñas, con sus 500 litros del mejor vino de la región.

Esa noche todos los tripulantes, excepto los de guardia, salieron a disfrutar de la noche del Puerto y de Cádiz donde, en lugar de los generosos vinos de la tierra, se dedicaban a beber con afectación otros licores que los acababan llevando con mayor rapidez y decisión hasta los cuerpos morenos de las chicas del Moderno o del Pay-Pay. Ciprián, como siempre, salió solo. Nadie sabía en qué lugares ni como se divertía en puerto, si es que lo hacía, ya que por la mañanas siempre aparecía con los ojos enrojecidos, de mal humor y sin el audífono. El primer oficial, también salió solo. Tampoco había logrado hacer

amigos entre los demás oficiales, y hasta el capitán lo esquivaba a la hora de salir.

Por la mañana, antes de comenzar la jornada de carga, el contraмаestre y los marineros se disponían a guarnir los puntales para trabajar a la americana, como solían hacerlo siempre en el Puerto para cargar las barricas. De pronto, el primer oficial irrumpió en cubierta ordenando que se deshiciera tal aparejo, porque se iba a cargar solo con el puntal del lado tierra trabajando con amante y penol; así lo había negociado él con los estibadores de forma que un tripulante manejaría el chigre y dos estibadores las ostas.

Ciprián, que se encontraba en ese momento introduciendo el perno de un grillete, no pudo evitar un gesto de rabia y un cagüendios que rubricó lanzando el martillo en dirección al primer oficial. Seguramente no tuvo intención real de alcanzarlo, porque el lanzamiento quedó corto y el martillo fue saltando alocado por la cubierta hasta detenerse a un metro delante del primero, que ya había hecho un gesto de protección subiéndose a una bita. Pálido de ira, Vicente Louro, se dirigió gritando hacia Ciprián, que impasible se llevó una mano a la oreja para retirar el audífono, al tiempo que llevaba la otra hacia la espalda. Al ver como los demás marineros se habían colocado expectantes junto al contraмаestre, el primer oficial se contuvo y se dirigió a su camarote, no sin antes gritarle:

—¡No quiero que toque usted ni un chigre ni un cable del puntal!

Los estibadores, que acababan de llegar y estaban subiendo a bordo, asistieron a los últimos momentos del enfrentamiento y cuchicheaban entre si, hasta que el capataz los repartió en sus puestos. Iban a trabajar con dos manos, una en cada bodega. La carga se efectuaba con eslingas dobles de cadena, terminadas en sendas gafas que se acoplaban en el argallo y testa de las pipas y botas para izarlas de una en una. Aquellos estibadores del Puerto y de Cádiz eran diestros en la carga de todo tipo de bocoyes de vino, aunque últimamente

también se utilizaban pequeños contenedores especiales diseñados por los receptores ingleses. Además, en algunos de los barcos de carga general que operaban en ese tráfico se habían instalado tanques laterales, en los que se cargaba el vino de menor calidad por medio de mangueras; eso estaba comenzando a generar tensiones con los estibadores, que se negaban a reducir la composición de las manos a pesar de la menor carga de trabajo.

Cuando comenzó la carga, el primer oficial se acodó en la brazola de la bodega numero 1 y, mientras controlaba la estiba de las primeras tongadas de pipas, dando voces al capataz para que no escatimaran madera en acuñarlas, vigilaba de reajo al contramaestre, que deambulaba por cubierta simulando hacer algo. Al comenzar a estibar la segunda tongada, Vicente Louro decidió bajar a la bodega para asegurarse de que las combas de las pipas encajaban bien en los huecos dejados por las primeras. El capataz recibió al primer oficial con cara de pocos amigos. No le gustaba que éste dudase de la profesionalidad de sus hombres.

Ciprián aprovechó la ocasión para, a pesar de la prohibición del primero, relevar al marinerero que estaba manejando el chigre de la bodega 1. Comprobó el funcionamiento del freno de pie y arrió el amante con sus eslingas para cargar una de aquellas pipas de 800 litros del mejor vino de Jerez. Desde su posición elevada distinguía claramente el fondo de la bodega y a los estibadores que esperaban para hacerle señales y recibir la pipa, allí estaba también el primer oficial, Vicente Louro, que, de espaldas, no se había percatado del cambio en el chigre. El contramaestre izó la pipa lentamente hasta sobrepasar la borda del buque, momento en que los estibadores que manejaban las ostas, lascando uno y cobrando el otro, llevaron el puntal a la vertical de la boca de escotilla. En ese momento el propio Ciprián les hizo señal de parar, como si tuviese algún problema, y, calculando la posición, arrió un poco el amantillo para colocar la pipa en la vertical de su objetivo; una vez alcanzada desembragó y soltó el freno.

Llevó la mano hacia su oreja derecha y, disimuladamente, desconectó el viejo audífono. Un silencio húmedo, tan solo vetado de rumores lejanos, como el que escuchan los submarinistas en el fondo del mar, lo rodeó adhiriéndose a su epidermis. Sus ojos de acero enmohecido continuaron abiertos, fijos en dirección a los tres bultos negros tras la mesa; así consiguió que su visión no transmitiese ninguna imagen ni sensación a su cerebro. La ausencia de parpadeo y de movimientos musculares en el rostro le daban a Ciprián, El sordo, todo el aspecto de una efigie desgastada y abandonada para siempre.



Los jueces se disponían a dictar la sentencia que él no llegaría a entender; únicamente le alcanzaría un murmullo quebrado e indescifrable, como el lejano ronroneo de un barco. El silencio y la mirada sin imágenes liberaron su memoria, hasta entonces indolente, que inició un recorrido autónomo y dislocado por sus últimos años como contramaestre en el viejo Cerro Negro. Casi todos los recuerdos eran amargos e ingratos, como ciertos amores que nunca tuvo. Tan solo el recuerdo de su habilidad y acertada puntería le hizo modelar una mueca que intentaba ser sonrisa. Los demás acontecimientos que rodearon aquel último episodio de su vida marinera: los gritos, el revuelo, el sonido de la ambulancia al llegar y al partir con el deformado cuerpo sin vida del primer oficial, Vicente Louro, la presencia de la guardia civil y la estancia en la cárcel, todo eso le parece que debe permanecer en el olvido, como tantas otras cosas.



PRIMER CONCURSO LITERARIO
DE RELATOS CORTOS
ESTIBA PORTUARIA

JURADO

Javier Ruíz Taboada
Miguel Juan Jiménez Rollán
Juan Fernando Pérez Martín